

bién para aplacar los mismos dioses. En seguida nuevos cónsules, después de haber enviado, por orden del pueblo, á declarar la guerra á los samnitas, hicieron para sostenerla, preparativos mucho más importantes que para la expedición contra los griegos, añadiendo otros refuerzos completamente nuevos, que de ninguna manera esperaban entonces. Los lucanos y apulios, pueblos con los que hasta entonces no había tenido Roma ningún género de relaciones, vinieron á pedir su alianza, prometiendo hombres y armas para la guerra, concluyéndose un tratado y aceptándose su amistad. En esta misma época prosperaban las cosas en el Samnio; tres plazas habían caído en poder de los romanos, Alifia, Califa y Rufrio, y á la llegada de los cónsules se saqueó el territorio en toda su extensión. Cuando comenzaba tan felizmente esta guerra, tocaba á su término la que se hacía á los griegos, que continuaban sitiados. En efecto, el enemigo, cuyas comunicaciones estaban interceptadas y divididas sus fuerzas, tenía que soportar dentro de sus murallas calamidades más espantosas que las que temía en el exterior: prisioneros por decirlo así, de sus defensores, tenía que soportar los ultrajes hechos á sus esposas y hasta á sus mismos hijos y todas las miserias de las ciudades conquistadas. Así fué que, cuando corrió el rumor de que venían de Tarento y de Samnio nuevos refuerzos, considerando que tenía ya dentro de sus murallas más samnitas de los que hubiese querido, deseó vivamente la llegada de los tarentinos, esperando que éstos, griegos también y en una ciudad griega, la protegerían tanto contra los nolanos y samnitas, como contra los romanos, sus enemigos. Al fin la capitulación pareció el mal más soportable. Carilao y Nimfio, los varones más notables de la ciudad, después de ponerse de acuerdo, se dividieron los cargos para llevar á término la empresa: el uno de-

bia presentarse como desertor al general romano; el otro permanecería en la plaza con objeto de tenerla dispuesta para la ejecución del proyecto. Carilao fué el que se presentó á Publilio Filo: «Por el bien, el interés y la felicidad de los paleopolitanos y del pueblo romano, se ha decidido á entregar la plaza. ¿Podrá decirse que por este hecho vende ó salva su patria? Esto depende de la fe romana. Para él nada exige ni pide; pero para su país pide, antes que exigir que, si la empresa triunfa, se digne considerar el pueblo romano que se ha necesitado más abnegación y valor para volver á su amistad que locura é imprudencia para separarse del deber.» El general celebró su conducta y le confió tres mil soldados para apoderarse de la parte de la ciudad donde se habían establecido los samnitas. Este cuerpo se puso á las órdenes del tribuno militar L. Quincio.

Nimfio, entretanto, empleando la astucia con el pretor de los samnitas, le había decidido, diciéndole que todo el ejército romano estaba alrededor de Palépolis y de Samnio, á permitirle que marchase con una flota á invadir el territorio de Roma y devastar no solamente la marina, sino que también los campos vecinos de la ciudad misma. Sin embargo, decía, para esta sorpresa se necesitaba partir de noche, y era indispensable, sin pérdida de momento, poner á flote las naves. Con objeto de acelerar la partida, todo el ejército de los samnitas, menos la guardia necesaria para el servicio de la ciudad, fué enviado á la playa. Allí, mientras Nimfio en medio de la obscuridad y de aquella multitud que se estorbaba á sí misma, todo lo confunde de intento con órdenes contradictorias, ganando tiempo, Carilao, de acuerdo con sus amigos, penetra en la plaza, cubre con soldados romanos las alturas, y les manda lanzar el grito de alarma; advertidos los griegos por sus jefes, permanecen tranquilos. Los nolanos marchan hacia el

otro extremo de la ciudad y huyen por el camino que conduce á Nola. En cuanto á los samnitas, que se encontraban fuera de la plaza, tanto como les pareció fácil la fuga en el primer momento, tanto la encontraron vergonzosa cuanto estuvieron á cubierto del peligro. Sin armas, sin bagajes, habiéndolo dejado todo en poder del enemigo, convertidos en objeto de burla para los extranjeros y para sus propios compatriotas, despojados y careciendo de todo, regresaron á su país. No ignoro otra opinión que atribuye á los samnitas la rendición de aquella plaza; pero además de que este relato se apoya en autoridades que merecen más confianza, el tratado de Nápoles (que más adelante vino á ser el centro de los negocios griegos) hace más verosímil la opinión de que volvieron por voluntad propia á la amistad de los romanos. Concedióse el triunfo á Publilio, por la opinión bastante fundada de que el sitio había obligado al enemigo á la rendición. Este varón fué el primero que obtuvo dos honores singulares; la prórroga del mando, que no se había concedido á nadie antes de él, y el triunfo después del consulado.

Otra guerra estalló con los griegos de la otra ribera. Los tarentinos, que habían mantenido por algún tiempo á Palépolis, con vana esperanza de socorro, á la noticia de que los romanos se habían apoderado de la ciudad, se irritaron contra los palepolitanos, como si les hubiesen hecho traición y no ellos á los otros. Su cólera y odio contra los romanos se trocó en rabia, sobre todo cuando supieron que los lucanos y los apulios (porque estos dos tratados se concluyeron en este mismo año) se habían puesto bajo la protección del pueblo romano. «Han llegado casi hasta nosotros, repetían, y muy pronto nos veremos en el caso de tener á los romanos por enemigos ó por dueños. Verdad es que la suerte de su país depende de la guerra con los samnitas

y del resultado que tenga; este es el mismo pueblo que resiste y no es tampoco bastante fuerte después de la defección de los lucanos; hay, pues, que impulsar al lucano á que rompa la alianza romana; todavía puede hacerse si se saben emplear artificios para producir discordias.» Habiendo prevalecido estas razones en los ánimos ansiosos de novedades, se recurrió al dinero para atraer jóvenes lucanos, más notables en su país que dignos de estima; éstos se azotaron mutuamente con varas y se presentaron despojados de sus vestidos en la asamblea de sus conciudadanos, donde dijeron que por haberse atrevido á entrar en el campamento romano, el cónsul había mandado azotarles y había estado cerca de decapitarles. Tan espantoso tratamiento antes parecía obra de violencia que estratagemas; así, pues, la multitud sublevada constreñía con sus gritos á los magistrados para que convocasen el Senado. Rodeando la asamblea, piden unos la guerra con Roma; otros corren á llamar á las armas á los habitantes de los campos. Los más prudentes se dejan arrastrar también por aquel tumultuoso movimiento, y se decide la renovación del tratado de alianza con los samnitas, partiendo legados con este encargo. Como la resolución era tan repentina, pareció tanto más sospechosa, cuanto menos fundada en razón; los samnitas exigieron rehenes y que recibiesen guarnición en las plazas fuertes; y los lucanos, ciegos por la ira, nada negaron. Poco después se descubrió la impostura cuando vieron retirarse á Tarento á los autores de aquellas falsas acusaciones; pero habiendo perdido la libertad de disponer de sí mismos, sólo quedaba inútil arrepentimiento.

En este año el pueblo romano recibió en cierta manera una libertad nueva con la abolición de la servidumbre por deudas; este cambio en el derecho se debió á la infame pasión y tremenda crueldad de un usurero. Ha-

mado L. Papiro (1). Este retenía en su casa á C. Publilio que se había entregado para rescatar las deudas de su padre. La edad y belleza del joven, que debían excitar su compasión, sólo sirvieron para inflamar su inclinación al vicio y al libertinaje más odioso. Considerando aquella flor de juventud como aumento de su crédito, trató primeramente de seducirle con obsecanas palabras; y después, como Publilio, despreciándole no daba oídos á sus impúdicas instancias, trató de asustarle con amenazas, poniéndole constantemente delante de los ojos su espantosa miseria: al fin, viendo que piensa más en su condición de hombre libre que en su situación presente, le hace desnudar y azotar con varas. Lacerado el joven por los golpes, consiguió escapar por la ciudad, que llena con sus quejas contra la infamia y crueldad del usurero; la multitud, que se había engrosado, compadecida por su juventud, indignada por el ultraje, animada también por la consideración de lo que le aguarda, tanto á ella como á sus hijos, marcha al Foro y desde allí se dirige precipitadamente hacia la curia. Obligados los cónsules por aquel tumulto imprevisto, habiendo convocado el Senado, á medida que los senadores entraban el pueblo se arrojaba á sus pies, mostrándoles el lacerado cuerpo del joven. Por el atentado y violencia de un solo hombre, aquel día quedó roto uno de los lazos más fuertes de la fe pública. Los cónsules recibieron orden de proponer al pueblo que en adelante ningún ciudadano podría, sino por pena merecida y esperando el suplicio, quedar sujeto con cadenas ó grillos; de la deuda debían responder los bienes y no el cuerpo del deudor. Por esta razón pusieron en libertad á todos los detenidos por deudas y se

(1) Según Varrón, no quedaban libres todos, sino solamente aquellos que juraban tener con qué pagar; de lo que resulta que los insolventes quedaban sujetos como antes.

tómáron disposiciones para que en adelante ningún deudor pudiese ser reducido á prisión.

En este mismo año, cuando la guerra con los samnitas, la inesperada defección de los lucanos y la complicidad de los tarentinos en esta defección inquietaban bastante á los senadores, supose que el pueblo vestino debía unirse también á los samnitas. Esta noticia más bien fué vago objeto de conversaciones en la ciudad que materia real de discusión pública; pero al año siguiente, el cónsul L. Furio Camilo, elegido por segunda vez, y Junio Bruto Sceva no encontraron asunto más importante ni más perentorio que proponer al Senado, y aunque la cosa era nueva, tanto preocupó al Senado que temió igualmente tratarla que descuidarla; porque por una parte, la impunidad de los vestinos aumentaría la audacia y la insolencia, y por otra, su castigo por la guerra infundiría temor y cólera en los pueblos inmediatos. Y todos ellos eran tan fuertes en la guerra como los samnitas, los marsos, peligninos, marrucinos, teniéndoles á todos por enemigos si se atacaba á los vestinos. Sin embargo, prevaleció esta última opinión, que parecía inspirada más por el valor que por la prudencia; pero el éxito demostró que la fortuna ayuda á los fuertes. Según la decisión del Senado, el pueblo decretó la guerra contra los vestinos; encargóse Bruto de la expedición y Camilo de la del Samnio. A cada uno de estos países se dirigió un ejército, y el cuidado de defender sus fronteras impidió al enemigo reunir sus fuerzas. Por lo demás, el cónsul L. Furio, á quien había tocado la tarea más pesada, habiendo caído gravemente enfermo, se encontró por esta razón alejado del teatro de la guerra: habiendo recibido orden para nombrar dictador que continuase la expedición, y nombró al guerrero más ilustre de aquella época, L. Papiro Cursor, quien eligió á Q. Fabio Máximo para jefe de

los caballeros; pareja famosa por sus hazanas durante su magistratura, más aún que por las desavenencias que les impulsaron á las últimas hostilidades. El otro cónsul hizo contra los vestinos una guerra en cierta manera múltiple, pero siempre con fortuna: taló los campos, saqueó é incendió las casas y las cosechas de los enemigos; de esta manera le atrajo á pesar suyo al combate, y en una sola batalla destruyó tan completamente sus fuerzas, aunque no sin pérdida de hombres, que los vestinos, no sólo huyeron á su campamento, sino que no creyéndose seguros detrás de sus empalizadas y fosos, se dispersaron en las ciudades fortificadas y fosos, cuya posición y murallas podían defenderles. Al fin se propuso también tomar aquellas ciudades por asalto, primero Cutina, que gracias al ardor y á la ira de los soldados romanos, de los que casi ninguno había resultado ileso del combate, tomó escalándola, y después Cinglia. El botín de estas dos ciudades se abandonó á los soldados, á quienes no habían podido detener puertas ni murallas enemigas.

Con inciertos auspicios se partió para Samnium; circunstancia desgraciada que se volvió, no contra la guerra, que fué afortunada, sino contra los generales, divididos por odios y animosidades. En efecto, el dictador Papirio, en el momento de regresar á Roma por aviso del pulario (1) para tomar los auspicios, había dado orden al jefe de los caballeros de mantenerse en su posición, y durante su ausencia no trabar combate

(1) Sábese por Servio que esta costumbre de regresar á Roma para renovar los auspicios, dejó de observarse rigurosamente, cuando extendiendo la república sus conquistas, llevó sus armas fuera de Italia. Entonces para evitar los inconvenientes que podrían resultar de la ausencia demasiado larga del general, elegíase cerca del campamento, en territorio conquistado, un paraje que se declaraba romano, y donde el jefe del ejército tomaba nuevos auspicios.

alguno con el enemigo. Fabio, después de la marcha del dictador, se enteró por sus exploradores, que el enemigo lo tenía todo tan descuidado como si no hubiese un solo romano en el Samnium. Entonces aquel joven de valeroso corazón, sea indignado porque todo parecía descansar sobre el dictador, sea arrastrado por la ocasión de hacer algo notable, dispone y prepara su ejército, haciéndole marchar sobre el Imbrinio (así se llama aquel paraje) y da la batalla á los samnitas; batalla en que no se cometió ni la falta más pequeña y que ni el mismo dictador habría dirigido mejor: el general no faltó al soldado ni el soldado al general. Los jinetes, por consejo de Cominio, tribuno militar, después de intentar en vano durante algún tiempo y en diferentes veces romper las líneas enemigas, quitaron la brida á los caballos, y excitándolos con los acicates, los lanzaron con tal fuerza, que nada pudo resistirles, y llevaron á lo lejos, entre las armas y los hombres, el desastre y la muerte. Los peones se lanzaron detrás de los jinetes, precipitándose con sus enseñas entre las desordenadas filas. Dicese que perecieron veinte mil enemigos en la batalla. Algunos autores pretenden que, durante la ausencia del dictador, se combatió dos veces con el enemigo y que se consiguieron dos triunfos. En los escritores más antiguos no se encuentra más que esta batalla, y algunos anales no la mencionan. El jefe de los caballeros, que recogió numerosos despojos de aquella gran derrota, hizo reunir en inmenso montón y quemar las armas cogidas al enemigo, bien porque las ofreciese á alguna divinidad, sea que quisiera, si hemos de creer al historiador Fabio, impedir al dictador que recogiese el fruto de su propia gloria é inscribir su nombre debajo de aquellos trofeos, ó llevar aquellos despojos en su triunfo. La carta que con motivo de esta victoria escribió al Senado y no al dictador, demuestra, además que

no le admitía á compartir su gloria. Verdad es también que el dictador, á la noticia de aquella victoria, lejos de regocijarse como los otros, mostró cólera y pesar. Despidió en seguida al Senado, salió bruscamente de la Curia, y por todas partes anduvo repitiendo que, más que las legiones samnitas, la majestad dictatorial y la disciplina militar resultarían vencidas y destruidas por el jefe de los caballeros, si quedaba impune su desprecio á la autoridad. Henchido de cólera partió para el campamento, y aunque caminaba á largas jornadas, no pudo adelantarse al rumor de su llegada. De la ciudad habian acudido para anunciar que llegaba el dictador ansioso de castigar y que casi no hablaba más que para celebrar la acción de T. Manlio.

Convocando en seguida Fabio una asamblea, ruega á los soldados «que empleen aquel valor con que han defendido la república contra sus enemigos más encarnizados, en protegerle á él, bajo cuya dirección y auspicios (1) han vencido, contra la implacable crueldad del dictador. Viene, cegado por la envidia, irritado contra el valor y la fortuna de otro, furioso porque durante su ausencia ha sido bien servida la república: si pudiese cambiar la fortuna, hubiese preferido la victoria de los samnitas á la de los romanos. Habla de su autoridad despreciada, como si no hubiese prohibido combatir con el mismo ánimo que se aflige porque se ha combatido; por envidia, pues, quería encadenar el valor de los demás, arrancar las armas á sus soldados impacientes para que no pudiesen combatir en su ausencia; hoy no está furioso é indignado sino porque sin L. Papirio, los soldados han hecho uso de las armas y de sus brazos, porque Q. Fabio se ha creído jefe de los caballe-

(1) Esta última palabra no puede tomarse á la letra, porque los auspicios solamente pertenecian al dictador y de ninguna manera al jefe de los caballeros.

ros y no un accenso del dictador. ¿Qué habría hecho si por uno de esos casos, por una de esas casualidades comunes á todos en la guerra, se hubiese sufrido un descalabro; cuando viendo al enemigo vencido y bien servida la república, que mejor no podía estarlo por el dictador, ese jefe único amenaza con la muerte al jefe de los caballeros? Y no es que esté más enojado con el jefe de los caballeros que con los tribunos militares, con los centuriones, con los soldados; si pudiese se ensañaría con todos; pero como le es imposible se ensaña con uno solo. La envidia, por otra parte, lo mismo que la llama, ataca á todo lo que es grande; los odios se dirigen contra la cabeza, contra el jefe de la expedición; si el dictador puede hacer desaparecer á la vez al hombre con su gloria, entonces dominará como vencedor sobre un ejército cautivo, y todo lo que haya podido hacer contra el jefe de los caballeros lo intentará contra los soldados. Así, pues, en la causa de Fabio servirán la libertad de todos. Si el dictador ve que el ejército que ha estado unánime para marchar al combate lo está igualmente para defender su victoria, y que todos velan por el bien de uno solo, sin duda se inclinará á sentimientos más benignos. En fin, confía su vida y fortuna á su fe y su valor.»

De todos lados de la asamblea se le grita que confie, que nadie tocará á su persona mientras existan las legiones romanas. Poco después llega el dictador, y en seguida resuena la bocina para reunir el ejército. En el acto reina silencio, y el pregonero cita á comparecer á Q. Fabio, jefe de los caballeros. Este, que se encontraba bastante lejos, debajo del tribunal, acudió en seguida, y el dictador le dijo: «Quiero saber de ti, Q. Fabio, puesto que la dictadura es el poder supremo al que obedecen los cónsules, investidos con autoridad real, y los pretores, creados bajo los mismos auspicios que los

cónsules; quiero saber de ti, repito, si crees justo ó no que se someta á sus órdenes un jefe de los caballeros. Te pregunto además, si convencido como estaba á mi partida para Roma de la inseguridad de los auspicios, debía jugar á la casualidad la salud del Estado, á pesar de nuestras santas ceremonias, ó renovar los auspicios, con objeto de no hacer nada sin tener claramente los dioses en favor nuestro. Y te pregunto, en fin, si cuando un escrúpulo religioso impedía obrar al dictador, el jefe de los caballeros podía considerarse completamente libre y desligado. Pero ¿á qué todas estas preguntas? Aun en el caso de que hubiese partido sin dar órdenes, debías haber arreglado tu conducta según las interpretaciones que podías hacer de mi voluntad. Contestas: ¿no te había prohibido intentar nada durante mi ausencia? ¿No te había prohibido venir á las manos con el enemigo? Con desprecio de nuestra prohibición, á pesar de la inseguridad de los auspicios, de nuestras santas ceremonias, con daño de nuestras leyes militares, en contra de la disciplina de nuestros antepasados, y de la voluntad de los dioses, te has atrevido á librar combate. Esto es lo que pregunto; responde, responde á esto solo; ni una palabra fuera de ello; ten cuidado. Acerca te, licitor. No era cosa fácil contestar á cada una de estas preguntas; así fué, que en tanto se quejaba Fabio de tener á la misma persona por acusador y juez, en tanto exclamaba que podrían arrancarle la vida, pero no la gloria de sus acciones, y sucesivamente también se justificaba y acusaba al dictador. Encendido entonces Papirio más y más en ira, manda despojar de sus ropas al jefe de los caballeros y preparar las varas y las hachas. Fabio entonces, invocando la fe de los soldados mientras los lictores le arrancan las ropas, se refugia entre los triarios, que ya excitaban el desorden en las filas. Los gritos se propagan en seguida por toda la

asamblea; óyense súplicas aquí, amenazas allá; los que por casualidad se encontraban más cerca del tribunal, y que colocados á la vista, el general podía reconocerlos, le ruegan perdone al jefe de los caballeros y no condenase al ejército con él. En las últimas filas de la asamblea, y en el grupo que rodeaba á Fabio, atacábase en voz alta al implacable dictador, y estaba muy cerca de estallar una sedición; tampoco estaban tranquilos alrededor del tribunal. Los legados que rodeaban la silla del dictador le suplicaban que aplazase el asunto para el día siguiente, que aplacase su cólera y diese tiempo á la reflexión. «Estaba bastante castigada la juventud de Fabio, bastante empañada su victoria, y era inútil llevar el suplicio al último extremo, manchar con tan grande ignominia á aquel joven tan distinguido, á su padre tan ilustre y á toda la familia Fabia.» Como sus plegarias, lo mismo que sus razones, tenían poco resultado, mostrábanle la asamblea enfurecida ya; decíanle que no sería propio de su edad ni de su prudencia caldear más el ánimo del soldado, tan excitado ya, y dar así motivo á la sedición; que nadie acriminaria á Fabio por haber querido librarse del suplicio, pero que se censuraría al dictador si, ciego por la ira, provocaba contra él, por funesta obstinación, los furores de la multitud. En fin, que no creyese que hablaban así por afecto á Fabio; que estaban dispuestos á jurarlo, pero que no creían ser conveniente en aquel momento á la república mostrar severidad con él.»

Estas observaciones, antes atrajeron sobre ellos la animosidad del dictador que la separaron del jefe de los caballeros, y les mandó bajar del tribunal. El pregoneiro procuró en vano restablecer el silencio; el ruido y el tumulto aumentan, no pudiendo oirse la voz del dictador ni de los aparitores, y solamente la noche, como en un combate, puso fin á aquella lucha. El jefe de los ca-

balleros recibió orden de presentarse á la mañana siguiente; pero asegurándole todos que excitado Papirio, exasperado por aquella tenaz resistencia, se mostraría más ardiente ó implacable, se fugó del campamento y marchó á Roma. Allí, por consejo de su padre M. Fabio, que había sido cónsul tres veces y dictador, convocó en seguida al Senado; y cuando se quejaba allí con viveza de la violencia y de la injusticia del dictador, oyese de pronto en la puerta el ruido de los lictores que separan á la multitud: era el implacable dictador, que á la noticia de la marcha de Fabio, le había seguido con algunos soldados de caballería ligera. Comenzó de nuevo la lucha, y Papirio mandó apoderarse de Fabio. A pesar de los ruegos de los senadores principales y del Senado entero, aquel ánimo inflexible persiste en su resolución. Entonces, M. Fabio, el padre del acusado, exclama: «Puesto que nada tiene influencia sobre ti, ni la autoridad del Senado, ni mi ancianidad, á la que quieres privar de un hijo, ni el valor ni la nobleza del jefe de los caballeros, que tú mismo nombraste, ni las súplicas, que muchas veces han aplacado al enemigo y que calman el enojo de los dioses, voy á dirigirme á los tribunos del pueblo y apelo al pueblo mismo; él es, puesto que quieres sustraerte al juicio de tu ejército, al juicio del Senado; él es quien yo te doy por juez; él, que tiene solo más fuerza y más poder que tu dictadura. Yo veré si cedes á esta apelación, á la que cedió un rey de Roma, Tulo Hortilio.» De la curia pasaron á la asamblea del pueblo el dictador seguido de muy pocos y el jefe de los caballeros rodeado de los ciudadanos más distinguidos de Roma; éste había subido á la tribuna de las arengas; Papirio le manda bajar y ocupar puesto menos elevado. El padre había seguido al hijo: «Bien haces, dijo al dictador, en mandarnos bajar á un puesto desde el que podremos hacernos oír como simples particulares.» Al

principio hubo más altercados que largos discursos; pero el ruido quedó dominado muy pronto por la voz del viejo Fabio reconviniendo amargamente al dictador por su tiranía y crueldad: «El también ha sido dictador; y nadie, ni hombre del pueblo, ni centurión, ni soldado ha recibido ultraje de él. Papirio, como si se tratase de un enemigo, reivindica la victoria y el triunfo sobre un general romano. ¿Qué diferencia entre la moderación de otro tiempo y la tiranía, la crueldad de hoy! El dictador Quincio Cincinnato, después de libertar al cónsul L. Minucio, sitiado en su campamento, se contenta para castigarle con dejarle en el ejército en calidad de legado en vez de cónsul. M. Furio Camilo, aunque L. Furio, con desprecio de su ancianidad y de su edad, comprometió un combate que perdió vergonzosamente, no solamente fué en el momento mismo bastante dueño de sí para no escribir nada al pueblo ni al Senado que fuese desfavorable á su colega, sino que á su regreso, cuando el Senado le dejó árbitro de elegir colegas, le tomó con preferencia á todos los tribunos consulares para asociarle á su mando. El pueblo mismo, que en todo tiene el poder soberano, en su indignación contra aquellos que por imprudencia ó incapacidad han perdido ejércitos, jamás ha impuesto pena más grave que una multa pecuniaria. Hasta ahora ningún jefe había visto su cabeza en peligro por el éxito desgraciado de las armas. Pero hoy los generales romanos se encuentran amenazados con las varas y el hacha, y lo que ni siquiera se permite con los vencidos se intenta contra vencedores dignos de los triunfos más justos. Porque en último caso, ¿qué más podía haber sufrido su hijo si hubiese perdido el ejército, si hubiese sido derrotado, puesto en fuga, despojado de su campamento? ¿La cólera y la violencia de ese hombre podía haber llegado más lejos que los azotes y la muerte?

«Cuán conveniente sería que aquel que es para la ciudad causa de regocijo, de victoria, de preces, de acciones de gracias; aquel por quien están abiertos los templos de los dioses, para que humeen en medio de los sacrificios los altares cargados de honor y de ofrendas, fuese desnudado y desgarrado con las varas delante del pueblo romano, á la vista del Capitolio, de la fortaleza, de esos dioses que no ha invocado en vano en las batallas! ¿Con qué ánimo el ejército que ha vencido bajo sus órdenes y auspicios presenciaria tal espectáculo? ¿Qué luto en el campo romano y cuánta alegría en el enemigo!» De esta manera, en tanto con reconvenciones, en tanto con quejas, implorando el auxilio de los dioses y de los hombres, ó abrazando á su hijo y derramando lágrimas, defendió su causa el viejo Fabio.

«Tenia en favor suyo la majestad del Senado, el favor del pueblo, el apoyo de los tribunos y el recuerdo del ejército ausente. Su adversario recordaba la autoridad invencible del pueblo romano y la disciplina militar, el mando del dictador, respetado siempre como un oráculo, la famosa sentencia de Manlio y el amor paternal sacrificado al interés público. De la misma manera habia obrado en otro tiempo con sus dos hijos Bruto, el fundador de la libertad romana; hoy, padres débiles, ancianos que toleran el desprecio de una autoridad que no tienen, perdonan á la juventud, como falta ligera, la destrucción de la disciplina militar. En cuanto á él, no dejará de persistir en su resolución, y el que ha combatido contra sus órdenes, á pesar de las santas ceremonias y á pesar de la inseguridad de los auspicios, no conseguirá perdón del castigo que justamente ha merecido. No puede hacer que la majestad del mando sea respetada siempre; pero L. Papirio no consentirá que se debiliten sus derechos. Desea que el poder tribunicio, inviolable en sí mismo, no viole con su oposición la

autoridad de Roma, y sobre todo que el pueblo no se pronuncie contra él anulando al dictador y los derechos de la dictadura. Si ocurre esta desgracia, no acusará la posteridad á L. Papirio, sino á los tribunos y al juicio erróneo del pueblo; censura inútil, porque una vez envilecida la disciplina militar, el soldado no obedecerá al centurión, el centurión al tribuno, el tribuno al legado, el legado al cónsul, ni el jefe de los caballeros al dictador: que nadie respetará á los hombres ni á los dioses: que no se observarán las órdenes de los generales ni los mismos auspicios de los dioses: que errantes sin permiso, los soldados se dispersarán en desorden por las tierras conquistadas como por las del enemigo: que, sin recordar su juramento, por el hecho solo de esta excesiva libertad tomarán licencia según su capricho: que en corto número en derredor de las enseñas concluirán por abandonarlas completamente: que no se reunirán ya á la orden, y que, sin distinción, de día ó de noche, en buena ó mala posición, por orden ó contra la orden del jefe, trabarán el combate: que no seguirán ya sus enseñas ni se mantendrán en sus filas; en fin, que en vez de una milicia solemne y sagrada, solamente habrá un bandidaje ciego y ejercido al acaso. De estas deshonrosas desgracias, vosotros, tribunos del pueblo, tendréis que responder delante de los siglos: prestad vuestras frentes al oprobio por complacer á Q. Fabio.»

«Vacilantes estaban los tribunos, y más inquietos por sí mismos que por el que imploraba su apoyo, cuando les libró del apuro la intervención del pueblo romano, que recurrió á los ruegos y súplicas para conseguir del dictador el perdón del jefe de los caballeros. Ellos mismos, siguiendo el impulso que les arrastra, suplican encarecidamente al dictador que perdone la debilidad humana, la juventud de Fabio; repitiendo que estaba bastante castigado. En fin, el mismo joven y su padre



M. Fabio, abandonando su animosidad, se arrojan á los pies del dictador, y con sus ruegos aplacan su enojo. «Bien está, romanos; vence la disciplina militar; vence la majestad del mando, que han estado á punto de perecer en este día. Q. Fabio no queda absuelto del delito de haber dado la batalla contra la orden del general, sino que, condenado por este delito, debe su perdón al pueblo romano, lo debe al poder tribunicio, que le ha prestado su apoyo á título de ruego y no de justicia. Vive, Q. Fabio, más afortunado por este unánime acuerdo de la ciudad para defenderte, que por la victoria de que te glorificabas hace poco; vive, después de haber osado cometer un delito que tu mismo padre, puesto en lugar de Q. Papirio, no te hubiese perdonado. Podrás volver á mi gracia cuando quieras; en cuanto al pueblo romano, al que debes la vida, no puedes prestarle mayor servicio que el de haber aprendido en el día de hoy á someterte en paz como en guerra á las autoridades legítimas.» Después de declarar en seguida que no conservaba más al jefe de los caballeros, bajó del templo en medio del regocijo de los senadores, de la alegría mayor aún de sus conciudadanos, que se estrechaban en derredor suyo, y que al felicitar en tanto al jefe de los caballeros, en tanto al dictador, les seguían á los dos en grupos. No parecía menos asegurada la autoridad militar por la peligrosa prueba de Fabio que por el deplorable suplicio del joven Manlio. La casualidad quiso que aquel año, cuantas veces se separó del ejército el dictador, hiciese algún movimiento el enemigo en el Samnio; pero el legado M. Valerio, que mandaba el campamento, no perdía de vista el ejemplo de Q. Fabio y temía menos los ataques del enemigo que la implacable venganza del dictador. Por esta razón, habiendo sido sorprendidos y exterminados en una emboscada unos merodeadores, creyóse generalmente que el legado

pudo socorrerles, si no hubiese estado amedrentado por amenazadoras prohibiciones. Esta dureza de Papirio contribuyó á enajenarle la simpatía de los soldados, que estaban ya disgustados con él porque había sido implacable con Q. Fabio, y que después de negarle perdón por sus ruegos, se lo había concedido por los del pueblo romano.

El dictador, después de dejar en la ciudad á L. Papirio Crasso por jefe de los caballeros y prohibir á Q. Fabio todo acto de su magistratura, regresó al campamento, donde su llegada produjo poca satisfacción á sus conciudadanos y ningún temor á sus enemigos. En efecto, al día siguiente, sea que éstos ignorasen el regreso del dictador, ó que se cuidasen tan poco de su presencia como de su ausencia, acercáronse al campamento formados en batalla. La presencia de L. Papirio, de aquel hombre solo, tuvo tal importancia, que si la buena voluntad de los soldados hubiese secundado las disposiciones del general, aquel día hubiese sido indudablemente el último de la guerra con los samnitas: también aprovechó las condiciones del terreno y sus cuerpos de reserva para asegurar sus operaciones. Sus soldados no le secundaron, y de intento, para rebajar el mérito de su jefe, pusieron obstáculos á la victoria. Los samnitas tuvieron más muertos, los romanos más heridos. El hábil general comprendió bien lo que le impedía ser vencedor, conociendo que tenía que reprimir su carácter y mezclar la dulzura con la severidad. Con este propósito, haciéndose acompañar de los legados, visitó los soldados heridos, inclinando la cabeza sobre ellos, preguntando á cada uno cómo se encuentra, tomando sus nombres, recomendándolos á los prefectos (1), á

(1) Los prefectos eran para los aliados lo que los tribunos de los soldados para los romanos. Iguales eran su número, su autoridad y sus prerrogativas.

los legados y á los tribunos. Esta manera de obrar tan popular y tan hábil hizo que antes de la curación de sus cuerpos el general hubiese ganado las simpatías de sus soldados, y nada fué tan eficaz para aquella curación como la gratitud que sentían por tanto interés. Restablecido el ejército, libró batalla sin que él ni los soldados dudasen del éxito. Los samnitas quedaron de tal suerte derrotados y puestos en desorden, que fué el último combate que libraron con el dictador. El ejército victorioso marchó en seguida adonde le llamaba la esperanza del botín, y recorrió todo el territorio enemigo sin encontrar en parte alguna soldados ni resistencia abierta ni emboscada. El hecho de abandonar el botín el dictador al soldado aumentaba el ardor de éste; no animándole contra el enemigo los odios nacionales tanto como aquella ocasión de provechos. Domados los samnitas por aquellos desastres, pidieron la paz al dictador, quien convino con ellos en que darían á cada soldado un traje y una anualidad de paga, y los envió al Senado. Contestaron éstos que no irían sino detrás del dictador, encomendando su causa á él solo, á su fe y probidad. De esta manera dejó el ejército el Samnio.

El dictador entró en triunfo en la ciudad. Quería abdicar la dictadura; pero antes de esta abdicación y por orden del Senado creó cónsules á C. Sulpicio Longo por segunda vez y á Q. Emilio Cerretano. No habiéndose podido hacer la paz, por no convenir en las condiciones, los samnitas solamente consiguieron un año de tregua, y ni siquiera fueron fieles á la santidad del juramento: tanto despertó su valor la noticia de la abdicación de Papirio. Bajo estos mismos cónsules, C. Sulpicio y Q. Emilio (algunos anales dicen Aulio), á la defección de los samnitas se agregó otra guerra: la de los apulios. Envióse un ejército á cada país de éstos, tocán-

do por suerte á Sulpicio los samnitas y á Emilio los apulios. Según algunos escritores, no se hizo la guerra con los apulios; sino que se protegió á los pueblos aliados de esta nación contra las violencias é injusticias de los samnitas. Por lo demás, el estado del Samnio, que en aquella época apenas podía defender su territorio, hace menos verosímil la agresión de los samnitas contra los apulios, que la unión de estos dos pueblos para hacer la guerra á Roma. Sin embargo, nada memorable aconteció; la Apulia y el Samnio quedaron completamente devastados, y el enemigo no se presentó en ninguna parte. Una alarma nocturna en Roma arrancó repentinamente del sueño á la ciudad sobresaltada, hasta el punto que el Capitolio y la fortaleza, las murallas y las puertas se llenaron de hombres armados. Después de correr y gritar á las armas en todos los barrios, al amanecer había desaparecido el autor y causa de la conmoción. En este mismo año, por petición de Flavio, celebróse juicio del pueblo contra los tusculanos. M. Flavio, tribuno del pueblo, propuso por una ley que se castigase á los tusculanos que con auxilios y consejos habían impulsado á los veliternos y á los prívernatos á hacer la guerra á los romanos. El pueblo de Tusculum con sus esposas é hijos vino á Roma. Aquella multitud, con trajes y aspecto de acusados, recorrió las tribus, postrándose delante de todos los ciudadanos; haciendo más la compasión para que se les perdonase que el examen de su causa para justificarles de la acusación. Todas las tribus rechazaron la ley, exceptuando la de Polia, cuya opinión fué que á los púberes se les azotase y diese la muerte, y que las mujeres y los niños se vendiesen en subasta, según el derecho de la guerra. Sabido es que los tusculanos no lo olvidaron, y que su resentimiento contra los que votaron tan atroz venganza duró hasta la misma época de nuestros padres, y